

ACERCA DE LAS IZQUIERDAS LATINOAMERICANAS EN TIEMPO DE CREAR

Manuel F. Zárate P.

Antes de opinar sobre este nuevo producto del esfuerzo intelectual del amigo Nils Castro, quiero agradecerle la oportunidad que me brinda de participar desde la propia cuna de su lanzamiento, en el debate que a todas luces despierta; un debate temático que –diría–, más que en sus finales está en la mejor etapa de su proceso de maduración y pidiendo prontas conclusiones para despejar ese horizonte de sombras que ha cubierto el acontecer de nuestros pueblos americanos, durante los últimos decenios de su historia.

Comenzaría por decir que el libro nos trae un experimento literario poco tradicional, en el que se une la crónica con el norte permanente de realizar un ensayo analítico sobre lo acontecido durante los últimos cien años en la sociedad viva de Nuestra América. Es un recorrido extenso y difícil, porque intenta no dejar ninguna variable en suspenso de un siglo portador de la fase más compleja del capitalismo, la imperialista, lo que significa abordar fenómenos desde los múltiples ángulos de un sistema mundo que ha culminado la carrera globalizadora iniciada por la colonización europea.

Conociendo a Nils, y luego de darle lectura a su obra, concluyo al igual que Marco Aurelio García en su Prólogo, que encontramos en ésta un entretendido de opiniones donde se observa al “escritor analista”, pero también al “escritor actor”, dos condiciones difíciles de llevar juntas por el compromiso que exige la objetividad cuando se es juez y parte a la vez. Sin embargo, por encima de los acuerdos o desacuerdos que se puedan tener frente a las tesis contenidas, creo que el autor logra saldar esta dificultad ubicándose con honestidad en los ejes de un paradigma ideológico que defiende desde la primera página hasta la última, y que aplica con sistematicidad y dominio investigativo. Y esto es de suma importancia para volcar nuestras diferencias al abrigo del entendimiento, en el debate ideológico que requieren los actuales momentos.

Yo creo que a lo largo de todo el recorrido por el cual nos lleva de la mano el libro, lo más importante es la amalgama diversa de procesos políticos, económicos, sociales y culturales que condensan sus páginas y que retratan de alguna forma, bajo la interpretación del autor, las luchas acumuladas por nuestros pueblos en su búsqueda

de la justicia social, de la equidad, del desarrollo, de la participación democrática y de la articulación de la identidad nacional, así como los aciertos y desaciertos encontrados en este camino. Todo lo cual nos conduce, de cierto modo, a hacer un repaso de cardinales acontecimientos y nos obliga a esa reflexión crítica que nos debemos, para reconstruir una memoria histórica desvirtuada y avasallada por los enemigos del progreso y la edificación nacional, con premisas que sólo conducen a la falsa conciencia. Dicho esto, advierto que me resultaría sumamente difícil opinar sobre los tantos aspectos tratados, algunos de los cuales son simples apuntes y descripciones de hechos; otros, juicios valorativos; otros, proposiciones lógicas destinadas a sentar las tesis que se intentan demostrar y otros, más bien pronósticos y propuestas. Sin embargo, al recoger como totalidad el cuadro de reflexiones que se hace sobre el dilema que enfrenta la izquierda latinoamericana, me surgen cuatro ejes importantes de discusión, que a mi juicio valdrían la pena de ser incorporados a una agenda de diálogo sobre *problemas necesarios* a debatir, en el camino hacia la transformación revolucionaria que aspiramos.

Estos serían los siguientes:

- ¿Qué entendemos por “la izquierda” en nuestros días? Cualquier cantidad de nubes grises se interponen en este concepto.
- La cuestión nacional y lucha de clases... Una relación que debe estar en el epicentro de cualquiera estrategia de la izquierda en la coyuntura actual, pero que navega a la deriva.
- Situación revolucionaria y crisis revolucionaria: ¿en qué punto del camino nos encontramos en el continente? A lo que agrego: ¿en qué posición están nuestras masas en los actuales momentos, frente al enemigo a vencer: en la defensiva o en la ofensiva?
- ¿Qué sociedad buscamos en la transición histórica que se nos presenta: una sociedad capitalista post-neoliberal o una sociedad post-capitalista de la fase neoliberal y terminal que se está viviendo?

Pienso que si no logramos consensos mínimos sobre estos temas, muy pocas esperanzas nos quedan de forjar ese bloque de izquierdas convocado por las necesidades históricas de nuestra Patria Grande. Soy un convencido de que estos problemas no serán asuntos a resolver mediante

¿Qué sociedad queremos en la transición histórica que nos toca enfrentar?

alguna brillante ecuación académica, sino mediante una construcción complicada, nacida de la profunda interacción entre la acción y el pensamiento revolucionario, puestos en movimiento por las fuerzas sociales que aspiran a una sociedad mejor.

Si tuviera que plantearme la pregunta: ¿qué es “la izquierda” en nuestros días?, recurriría primeramente a sus orígenes. Nace en la Asamblea Nacional Constituyente francesa de septiembre de 1789. Se discutía el veto absoluto sobre las leyes de la Asamblea Legislativa, como derecho del Monarca. Los que apoyaban este privilegio – una bancada de terratenientes y nobles– se sentaron a la derecha del Presidente de la Asamblea; los que pusieron la soberanía nacional por encima de la autoridad real – burgueses, artesanos e intelectuales–, se sentaron a la izquierda. La decisión mayoritaria derrumbó por la vía institucional los poderes monárquicos residuales; y así, la izquierda quedó para siempre vinculada al cambio, a la transformación, al rompimiento con lo viejo, pero también a la construcción de lo nuevo.

La izquierda es pues esto. El conjunto de fuerzas que concurren, bajo una situación histórica determinada, a un mismo alineamiento por el ideal común de transformar el estatus quo caduco de la sociedad hacia la condición de otra mejor; una sociedad más democrática, más ética por su condición humanitaria, más justa y equitativa, más solidaria. Se deduce por ende que podrá exhibirse en uno y otro bando un amplio abanico de tendencias. Lo que no puede darse es un bando de centro, sencillamente porque no hay intersección de conjuntos; hay sólo una línea para marcar la diferencia. En la geometría política ese espacio entonces no existe: o se está con el estatus quo que muere en la obsolescencia, o se está en contra.

La “cuestión nacional”: problema medular ideo-político presente a lo largo de toda nuestra historia de formación y maduración de los Estados Nacionales, pero también de los movimientos revolucionarios. Y la interrogante es: ¿podemos desvincular la lucha nacional de la lucha de clases?

Para responderme, yo comenzaría por hacerme las siguientes preguntas: ¿por qué muere Bolívar solo y aislado en una cama de Santa Marta, después de haber comandado las más grandes batallas de nuestros pueblos por la liberación de la colonia hispana? ¿Habría sido posible alcanzar el tratado descolonizador de la Zona del Canal frente al más grande imperio del siglo, sin las



transformaciones sociales que estamparon el orden del día nacional y que emprendió el Gral. Torrijos como respuesta a la exacerbada lucha de clases en el país, con la lucha anticolonial, especialmente después de la II Guerra Mundial? Más todavía: ¿podremos culminar la tarea nacional de liquidar las estacas neocolonialistas que persisten después de alcanzada nuestra integración territorial, con el bloque socioeconómico que nos ha gobernado desde la invasión del '89, y cuyo resultado más patético es el gobierno que encarnamos hoy? Hago esta última pregunta porque soy un convencido de que el proceso de liberación nacional no ha culminado aún en nuestra nación. La cuestión nacional es fundamentalmente la cuestión de la opresión en la escala de las naciones; por lo que no se puede meter en una probeta química para ser tratada aislada de sus componentes sociales, toda vez que éstos representan su sustancia. La profundidad con la que se encare la solución de la soberanía no será desde ningún ángulo un asunto de tal o cual sujeto nacional abstracto, sino de sujetos sociales concretos; del sujeto de clase que mantiene el dominio y hegemonía de la sociedad. Por ende, su contenido y significado van a diferir según las sucesivas *etapas* que discurren de una misma *fase* liberadora. Identificar esa etapa en la coyuntura estratégica, es así medular para todo programa revolucionario.

Otro problema del dilema planteado: la valoración, en términos políticos, de los procesos históricos sociales. Estoy seguro de no equivocarme si afirmo que errores en ésta, han dominado el cuadro de los fracasos de las estrategias izquierdistas. Por lo general, los espejismos debidos al voluntarismo, al subjetivismo, al infantilismo y reformismo oportunista en la dirección política, han sido causa profunda de las máximas derrotas y dolencias sufridas por nuestros pueblos en sus movimientos de liberación. No es lo mismo “situación revolucionaria” que “crisis revolucionaria”, dos elementos de análisis que abordamos muchas veces con fácil empirismo. Con la primera, las masas se exacerbaban en sus reivindicaciones, poniendo en entredicho la gobernabilidad del poder establecido, algo que sucede independientemente del estado de la conciencia. La crisis en cambio es cuando el movimiento ha tomado ya cuerpo articulado, ha acumulado fuerzas consciente del objetivo, y crea con ello un poder

emergente capaz de disputar el poder establecido, siendo su forma una competencia de la situación concreta. En este contexto, la situación revolucionaria deviene en lo central, un tránsito entre la posición defensiva de las masas y la de ofensiva, tocándole a las vanguardias políticas el papel primordial de transformar la teoría del movimiento en fuerza material. Sin embargo, vale acotar que ninguna de las dos condiciones nos garantiza el triunfo del nuevo poder; ellas son condición necesaria pero no suficiente. Todo depende del arte de la conducción, así como de la coherencia y consistencia del programa con la coyuntura histórica, cosa en la que hemos errado muy a menudo. Panamá ha pasado por varias situaciones revolucionarias en su historia, e incluso hoy vivimos una; sin embargo, estamos donde estamos porque no hemos concretado el sujeto del cambio, o sea ese sujeto capaz de conducir el movimiento, con el debido programa.

Ahora bien; ¿qué sociedad queremos en la transición histórica que nos toca enfrentar? Creo que todos los seres pensantes somos conscientes, de alguna manera, que vivimos momentos de crisis. Pero también creo que su caracterización se está haciendo muchas veces con cierto grado de simplismo; entendiéndola como el resultado de una especie de “mano negra” colgada de un “nuevo” liberalismo inventado por alguna cabeza maquiavélica. La izquierda no puede equivocarse en esto y nos toca considerar muy críticamente las causas profundas de lo que se ha dado en llamar el “neoliberalismo”. No podemos llegar a concluir, con rezagado facilismo, que eliminada la supuesta “mano negra” volveremos a la paz y armonía de algún capitalismo “bueno” y “sensato”.

El neoliberalismo es el resultado lógico del desarrollo del capitalismo, en tiempos de su “tercera fase”; una fase en la que se han agotado todos los espacios planetarios por conquistar, bajo la forma imperialista; en la que los recursos naturales muestran sus límites, produciendo un nuevo antagonismo, esta vez entre economía y ecología; y en la que la economía se desdobra en dos contrarios, una real en recesión y otra virtual, dominante, rentista, altamente expoliadora y concentrada. En otras palabras, es la expresión de la fase terminal del sistema del capital, por lo que visto a la luz de la dialéctica, en tanto que modo de producción, histórico, es irreversible su fin.

Entonces, si queremos pensar como izquierdas hacia el futuro tenemos que pensar más directamente en una sociedad post-capitalista de remplazo, entendiendo que hablamos de un modelo de transición que debe conjugar los factores del pasado con las aspiraciones del futuro. En esta dirección, de hecho, aun conservando algunas leyes necesarias del capitalismo (China las usa sin ser capitalista), ya no estaremos construyendo una sociedad dirigida bajo la hegemonía uniclasista, exclusiva de la clase burguesa (esta

agotó toda su capacidad constructiva de la nación sin terminar la tarea), pues la realidad de hoy exige un nuevo poder democrático, diferente a lo que ha sido bajo la dictadura del capital, de tipo pluralista y participativo, que exprese la amalgama de fuerzas que cada día se suman más y más a esta gran batalla de indignados por las secuelas del atraso y la ignominia, en un mundo no obstante lleno de riquezas, y por la transformación de la sociedad.

Para finalizar, quiero detenerme particularmente en la idea que nos adelanta Nils Castro en el capítulo “Nuestros objetivos; tres ejes”, al expresar citando a Cíao Prado Júnior: “El sentido de la revolución no está en la violencia, sino en alcanzar transformaciones capaces de estructurar la vida de todo un sistema social, de manera que se corresponda con las necesidades más profundas y generales de sus poblaciones, algo que confiere un nuevo rumbo a las vidas humanas”. Yo no dudo que cualquiera que se diga honestamente izquierdista, comulgue plenamente con esta premisa. No obstante, tales propósitos encierran un problema muy vivo, porque no se pueden separar los fines de los medios. Y aquí la pregunta es: cómo hacer; cómo llegar a este ideal en un mundo plagado de entropías terminales, que además se ha anarquizado porque —como lo dejan entrever las conclusiones del libro—, los centros de poder del capitalismo se han resquebrajado, mientras que no surge aún otra autoridad.

A nivel global, no me parece que una solución viable pueda ser la guerra, medio muchas veces utilizado por el capitalismo para resolver sus crisis. Una guerra global sería el fin del planeta. Pero a nivel local todo es posible. Y en este plano, quiero subrayar las palabras del autor expresadas en uno de los párrafos del libro: “La lucha armada no es un concepto vacío sino la respuesta a la opresión y la represión cuando se agotan y cierran las demás formas de avanzar. Y, a la inversa, la lucha electoral responde a la posibilidad de crear y ampliar oportunidades democráticas de desarrollo pacífico, efectivamente creíbles, *que permitan satisfacer objetivos populares y adelantar en la formación de otra cultura política* y de un mejor país”. Vemos pues, dos formas de lucha que no pierden vigencia en la compleja trocha que nos queda por andar. ☒

Manuel F. Zárate P. (Ciudad de Panamá, 1946). Científico panameño. Realizó estudios superiores de Matemáticas en la Universidad “Louis Pasteur” de Estrasburgo, Francia, y un postgrado en “Teoría de la Cultura” en la Universidad de Lomonosov, Moscú. Desde 1995 se dedica a la investigación y consultoría ambiental, ocupando actualmente el cargo de Gerente General de la empresa de consultoría Planeta Panamá Consultores, S.A. Es miembro de la Cámara Panameña de Empresa Consultoras Ambientales (CAPECA), de la cual fue su primer Presidente; miembro del Centro Internacional para el Desarrollo Sostenible (CIDES), de la Global Water Partnership (GWP) y del Comité de Científicos de la Ciudad del Saber con sede en Panamá. Ha escrito artículos científicos sobre diferentes temas ambientales. Obtuvo Mención Honorífica del Premio Nacional a la Excelencia Investigativa Ambiental del año 2006. Es corresponsal de *Archipiélago* en Panamá.